

ción solamente el desarrollo de la individualidad francesa, sino también el de todo el mundo, así como en la asamblea consideraba la representación constitucional del universo. "Los cuerpos nacionales y provinciales, decía, son azotes del género humano, y de ellos provienen las guerras que de otro modo se resolverían con protocolos. Caigan las barreras nacionales y renacerá la edad de oro, y una armonía inalterable hará que se estienda por do quiera una paz permanen-

que por orden alfabético está anotado cada criminal con su nombre, apellido, edad, patria, calidad, domicilio, profesión, fecha y motivo de la sentencia, día y sitio de la ejecución.

"Entre los condenados á la última pena se encuentran 18,613 víctimas, repartidas del modo siguiente:

Ex-nobles	{ Hombres.....	1,278
	{ Mujeres.....	750
Mujeres de artesanos.....		1,467
Religiosas.....		350
Sacerdotes.....		1,135
No nobles de varias clases....		13,633
Total.....		18,618

Ademas: mujeres que murieron de partos prematuros.....	3,400
— En cinta ó de sobrepardo.....	348
— Muertas en la Vendée.....	15,000
Niños condenados á muerte.....	22,000
Hombres.....	90,000
Victimas bajo el proconsulado de Carrier en Nantes.....	32,000
De los cuales fueron	{ fusilados... 500
ños.....	{ ahogados... 1,500
Mujeres.....	{ fusiladas... 264
	{ ahogadas... 500
Sacerdotes.....	{ fusilados... 300
	{ ahogados... 460
Nobles ahogados.....	1,400
Artesanos ahogados.....	5,300
Victimas de Lyon.....	31,000

En este cómputo no están comprendidos los asesinatos en Versalles, en los Carmelitas, en la Abadía, en los pozos de nieve de Aviñon, los fusilados en Tolon y Marsella despues del asedio de aquellas dos ciudades, ni los degollados en la pequeña ciudad de Bedouin, cuya población sucumbió entera.

Para la ejecución de la ley de sospechosos de 21 de Setiembre de 1793, se establecieron mas de cincuenta mil juntas revolucionarias en el suelo francés, que costaban quinientos noventa y un millones al año. Cada individuo de estas juntas recibía tres francos diarios, y eran quinientos cuarenta mil, es decir, quinientos cuarenta mil acusadores que tenían derecho para designar las víctimas. Solamente en París se contaban sesenta juntas revolucionarias, cada una de las cuales tenía una prisión para los sospechosos."

CHATEAUBRIAND.

le. "Por tanto sostenía que en vez de *viva la nación*, se debía gritar: *viva el género humano*, y á los nombres de francés, borgoñon, normando, debía sustituirse el de germanos, que espresaría fraternidad y al mismo tiempo la union de los alemanes. Añadía que debía hacerse la constitucion para toda la especie humana, y reducirse á las inspiraciones de la naturaleza, y á acercar á los hombres entre sí de modo que se manifestase el instinto comun. De esta manera el baron de Clootz, con las ideas mismas de los federalistas, llegaba precisamente al extremo contrario, esto es, a la fusion absoluta de todo el mundo.

En esta época se estableció un nuevo sistema de pesas y medidas; un calendario con nombres nuevos debía quitar hasta al tiempo la huella de lo pasado y de la tradicion; en vez de semanas se establecieron décadas con cinco dias complementarios llamados *de los descamisados*, y dedicados, el primero al género, el segundo al trabajo, el otro á las buenas acciones, el cuarto a las recompensas y el último á la opinion, en el cual cada uno podia decir lo que pensara; y finalmente, hasta el dia fué repartido en diez horas. De esta suerte se cambiaron todas las costumbres, se agravaron los impuestos, se prohibió la manifestacion de los propios pensamientos, se fijaron precios ficticios para toda clase de mercancías, y hasta el pan quedó reducido á una sola é infima calidad.

Igualmente se declaró la guerra al rey del cielo como se habia declarado á los de la tierra, y habiéndose proclamado en la Convencion que no existia Dios y que la única religion era la voluntad del pueblo, se destruyeron iglesias, reliquias y monumentos del arte, el sacramento del matrimonio se convirtió en adulterio, y la efigie de Marat sustituyó en los tabernáculos de las calles á las imágenes de los santos. En la comedia todo parecia alusion, por lo que se sustituyeron á las fiestas teatrales espectáculos de otro género: en la fiesta del ateísmo una cantatriz desnuda representaba á la Razon, y desde la sala de la asamblea donde *cayeron sus velos* fué conducida en triunfo al altar de Nuestra Señora, dedicado á aquella diosa.

Pero los filósofos revolucionarios se indignaban de que sobreviviera á la religion un simulacro de religion, y querian inaugurar la adoracion abstracta de un Dios sin forma, ni dogmas, ni ritos de ninguna especie. La multitud se creía libre de todo deber desde el momento en que habia sido emancipada de Dios. Sin embargo, escenas semejantes no eran del gusto de Danton y Robespierre que querian cometer crueldades de un modo serio, mientras á los demas les agradaba cometerlas alegremente. Robespierre desaprobó, pues, que se "turbase la libertad de los cultos á nombre de la libertad y se atacase el fanatismo con un fanatismo nuevo.... El ateísmo es aristócrata, añadió; la idea de un gran Sér que vela por

la inocencia oprimida y castiga el delito triunfante, es enteramente popular. Si Dios no existe, será preciso inventarlo."

De suerte que también en la Montaña triunfante comenzaron las escisiones; los individuos de aquel gobierno se odiaban entre sí, pero les conservaba unidos la necesidad, y despues de saciados de sangre celebraban juntos orgías horribles. Robespierre, a quien daba muchísimo poder el mostrarse íntegro entre tantos ladrones, era un Rousseau vestido de dictadura; ejecutaba lo que Danton habia pensado, y proclamaba a Dios, al pueblo, á la justicia, á la humanidad con la mano en la guillotina, imperturbable en el delito porque lo creía necesario para llegar á la virtud. El hombre es bueno, decía, pero la sociedad está corrompida por unos cuantos malvados; mátese, pues, á todos ellos, y el siglo de oro renacerá sobre la tierra. Con estas palabras, que todavía la posteridad duda si fueron delirio, ó profunda hipocresía ó profundísima envidia, creía servir la causa de la humanidad con su genio naturalmente envidioso, hablando mal de la junta de salvacion; pero ésta se consolidaba merced á los triunfos de los ejércitos cuyo mérito se le atribuía.

En un principio las maldiciones habian caído sobre el rey; muerto éste cayeron sobre los girondinos, diciéndose que "los hombres probos no tenían nunca energía;" esterminados también éstos, quedaban Robespierre y Danton; y uno de los dos era preciso que fuese el blanco de todas las maldiciones. Tachar de moderacion á Robespierre no era posible, pues que á todos odiaba; y de justificarse no tenía necesidad porque pasaba por incorruptible y no gozaba fruto alguno de la revolucion. Con razon fué comparada ésta á un carro que atropella a su mismo conductor apenas acorta el paso. Danton se habia detenido, y gozando pacíficos placeres que le hicieron disgustarse de los feroces desórdenes; habló de clemencia. Le secundó Camilo Desmoullins, el cual escuchado del pueblo que le quería, combatía en el *Viejo franciscano* (1) la anarquía sanguinaria, y traduciendo un pasaje de Tacito, comparó la época de Tiberio con el estado de Francia á la sazón, y propuso la formacion de una junta de clemencia.

Robespierre se aprovechó de estas circunstancias para destruir el ayuntamiento y á todo el que quería contener la revolucion, y sometió al tribunal revolucionario á Danton, Desmoullins, Westermann, enemigo inexorable de los vendeanos, y otros doce. Estos jóvenes enérgicos se defendieron con el furor de quien es víctima de sus propios cómplices; y como su proceso podia llegar á ser terrible para sus antiguos compañeros y ministros, Robespierre exclamó: "Nadie debe disfrutar de privilegios, nadie debe disfrutar

(1) Robespierre fué el primero entre los revolucionarios llamados cordeliers [franciscanos].

de privilegios," é instó para que se les declarase revoltosos y se les condenase apresurando los trámites. Preguntado Danton qué edad tenía, respondió: "tengo los años de Cristo descamisado cuando murió;" y despues de una sublime defensa por su elocuencia cínica y resuelta, dijo: "mi domicilio será pronto la nada, y mi nombre lo encontraréis en el panteon de la historia;" y añadió por último: "muero contento porque conozco que mi muerte arrastrará consigo la de Robespierre: el infame no tendría sino á mi para salvarlo."

Por lo tanto el terror se devoraba á sí mismo. Danton lo habia creído una necesidad fatal; Robespierre una justicia, aunque rigurosa; aquel, guiándose por la oportunidad, creía que era ya tiempo de que cesase; Robespierre mas lógico, quería conservarlo hasta la total regeneracion de la sociedad. Saint-Just, en quien se veía aun mas claro que en Robespierre el fanatismo jacobino de la igualdad social, sostuvo el valor de aquel en el golpe hipócrita que dió; despues del cual, Robespierre, ya sin rivales, manifestó sus doctrinas del modo siguiente: "El principio del gobierno democrático es la virtud, y el medio de establecerlo el terror. Sustituir la moral al egoísmo, la probidad al honor, los principios á las costumbres, los deberes a la cortesanía, el imperio de la razon á la tiranía de la moda, el desprecio del vicio al desprecio de la fortuna, la altivez á la insolencia, la magnanimidad á la vanidad, el amor de la gloria al amor del dinero, la sociedad de personas honradas á la elegante sociedad, el mérito á la intriga, el genio á la agudeza de espíritu, la verdad á la ofuscacion, los goces de la felicidad al tedio del deleite, la grandeza del hombre á la pequeñez de los grandes, un pueblo poderoso, magnánimo y feliz á un pueblo amable, frívolo y desdichado; es decir, todos los milagros y virtudes de la república á todos los vicios y ridiculeces de la monarquía, tal es nuestro pensamiento. Para esto se requería un gobierno que atropellase por todas las dificultades, y Saint Just añadía: "Un partido quiere trasformar la libertad en bacante, el otro en prostituta. Teneis cien mil presos, y el tribunal revolucionario ha condenado ya á tres mil culpados. Pero en tiempo de la monarquía habia cuatrocientos mil presos; ahorcábanse al año quince mil contrabandistas, y tres mil hombres morían en la rueda: hoy mismo en Europa hay cuatro millones de encarcelados cuyos gritos no oís, mientras vuestra moderacion parricida deja triunfar á los enemigos del gobierno. Nosotros nos llenamos de convenciones, y los reyes, mil veces mas crueles que nosotros, duermen en el delito."

El populacho aplaudía como aplaude siempre la exageracion insensata, y de aquí se deducía la necesidad de medidas rigurosas para contener á los ultra-revolucionarios; de suerte que el furibundo Hebert y Chaumette, apóstol de la Razon, se vieron aprisionados

juntamente con los sospechosos que temblaban á su vista. La sentencia de todos fué á muerte, segun costumbre; y como Hebert se lamentase y dijera que se habia perdido la libertad, Ronsin exclamó: "¡perderse porque pereceremos unos cuantos miserables! ¡La libertad es inmortal, nuestros enemigos sucumbirán tambien y á todos sobrevivirá la libertad."

De todas partes venian mensajes de aprobacion y felicitaciones, adulándose á la junta de salvacion como á un monarca. Saint-Just propuso nuevos actos de violencia, como la espulsion de todos los nobles y extranjeros, la abolicion de los ministerios y la reduccion de éstos á comisiones de la junta; así se centralizó hasta la opinion, y Robespierre, hablando de virtud en el tono y con las ideas de Rousseau, declamaba contra los enemigos de ésta, es decir, contra los guillotinos, y defendia como política la inmortalidad del alma. "La idea de la nada, decia, ¡inspirará al hombre sentimientos mas puros y sublimes que la idea de la inmortalidad! ¡Le infundirá mayor respeto á sí propio y á sus semejantes, mayor generosidad con la patria, mayor audacia contra la tiranía, mayor desprecio de la muerte ó del deleite! Los que llorais á un amigo virtuoso complacidos en pensar que la mejor parte de él se libró de la muerte. Los que gemís sobre el féretro de un hijo ó de una esposa, consolaos con las palabras de aquel que os dice que algo mas que un vil polvo queda de ellos. Infelices que morís bajo los golpes de un asesino, vuestro último suspiro es un llamamiento á la justicia eterna. ¡La inocencia que desde el patíbulo hace empalidecer al tirano en su carro triunfal, podría conseguirlo si la tumba igualase al opresor y al oprimido!"

A estas ideas añadió la de la necesidad de las fiestas, é hizo decretar por unanimidad que "el pueblo francés reconocia la existencia del Hacedor Supremo y la inmortalidad del alma, y que el culto mas digno de los franceses era la práctica de los deberes del hombre." Como resultado de esto, se estableció una serie de fiestas en honor de las diversas virtudes, y se reconoció tambien la libertad de cultos. Toda la Francia aplaudió aquel decreto, como habia aplaudido poco antes el que mandó colocar en los altares á la diosa Razon, y las palabras *virtud y Hacedor Supremo* se hallaban en los labios del pueblo entero. Robespierre sacrificaba á todo el que era opuesto á la virtud; no habia escritor que no se hallase bajo la vaga amenaza del castigo preparado para los que *depravasen las costumbres*; y en el panteon, al lado de Marat, se depositaron, traídas de las islas de los Alamos, las reliquias de Rousseau, el cual habia declarado que le parecia cara la libertad comprada con la sangre de un solo ciudadano, de aquel Rousseau por cuyas doctrinas, sin embargo, se habian deramado torrentes de sangre.

Tales ideas de reparacion, todavía estem-

poráneas, debian anunciar el decrecimiento de la influencia de Robespierre, y en efecto, contrariados sus planes por la junta, hubo de dejar la plena autoridad de que gozaba en manos de Varennes, Collot d'Herbois y Barrere, famoso este último por sus vicios elegantemente atroces, y que hacia traicion á todos los partidos, sin dejar por eso de compararse con Aristides y Ciceron. Este varon solia exclamar: "acuñamos moneda en la plaza de la revolucion." Tambien es suyo aquel dicho: "matemos; solo los muertos no vuelven." Segun él, los individuos de la Convencion eran "personas insolentes, crueles, déspotas, brutales, que prevaricaban ostentando virtud, que perseguian invocando las leyes, que ejercian sus venganzas hablando de justicia."

Robespierre se encontraba adulado como rey, y aun venerado como santo, rodeándolo continuamente mujeres atentas á servirlo y conservarlo, y que le suponian dotado de una inspiracion superior. De reputacion immaculada, como se requiere para hacerse adorar de la multitud, sin la piedad que pierde á los revolucionarios, con el orgullo que decanta continuamente los propios méritos y los peligros, se habia formado un gran partido, en el cual creyó necesario apoyarse y esterminar á sus compañeros para conservar su influencia. Pero éstos se apresuraron á acometerle. Tallien lo denunció de muchos actos de clemencia y de no amar á Marat; gritase: *abajo el tirano*: Robespierre es preso y luego absuelto; estalla la guerra civil; Barras se pone al frente de fuerzas; á Robespierre le falta la audacia para sostener el ayuntamiento que proclama la insurreccion para defenderlo; en la Montaña no ve mas que amigos tibios ó adversarios encarnizados; osa invocar en su defensa á los *hombres puros y virtuosos de la Llanura*, pero éstos le vuelven la espalda; en vano pide al *presidente de los asesinos* que le conceda la palabra; un diputado le grita: "La sangre de Danton te ahoga;" dispárase un pistoletazo, pero con esto no consigue sino hacer mas espantoso su suplicio (27 de Julio de 1794). Saint-Just, como Neron, busca un amigo que lo mate; y Lebas, á quien se dirige, le responde: "¡Vil! imítame!" y se suicida; los demas no tienen valor sino para injuriarse y son cogidos vivos, y el tribunal revolucionario, satisfecho de hallar una ocasion de lavarse de la complicidad con ellos, los condena.

Solamente los jacobinos comprendieron el verdadero objeto de la revolucion, que era elevar á los proletarios, cualquiera que fuese el medio, llevando por divisa: *Perezca el mundo, pero triunfen los principios*. La Convencion se suicidó matándolos, muerte que no tiene mas justificacion que el miedo de ser ganada por la mano. Desde entonces la revolucion cesó de ascender, y comenzó á declinar el reinado de la inculca muchedumbre. Difundiose por todas partes una

embriaguez de júbilo, creyéndose que muerto Robespierre todo debia cambiar; en las cárceles resonaron gritos de alegría y lo mismo en toda Francia; continuábase aun matando, pero tambien se perdonaba y excarcelábase en masa de la misma manera que se habian hecho las prisiones.

LOS TERMIDORIANOS.—FIN DE LA POLONIA.—GUERRA EXTERIOR.

Llamose de los termidorianos el partido que aquel dia se elevó al poder, el que concedió alguna libertad á la imprenta, de suerte que muchos periódicos y libros empezaron á hablar nuevamente de orden, de religion y de los santos padres. Aun duraba la lucha entre moderados y exaltados, pero en breve fueron éstos refrenados, así como las sociedades populares que eran una especie de gobierno intruso contra el gobierno constituido, restringiéndose las perjudiciales prohibiciones económicas, y manifestándose cierto atrevimiento hácia tiempo desconocido para reirse de los espantajos aristocráticos y clericales. La pobreza, el afectado abandono y el desaseo, que habian sido moda durante el terror, cedieron su puesto al lujo, á la elegancia, á fiestas, teatros y reuniones científicas; escribise contra la *canalla revolucionaria*, adulándose á los elegantes, á la *juventud dorada*. Pensábase en cierta educacion moral que hiciese volver á los hombres al estudio de las artes y de la agricultura, para lo cual se propusieron medios de estímulo y de fomento; la efigie de Marat fué quitada de los sitios públicos y su cadáver del Panteon; Siéyes volvió á levantar su voz; regresaron los proscriptos girondinos, y la mujer de Tallien ejerció aquella influencia que en otra época habia ejercido madama Roland. Ademas, se devolvieron los bienes de los proscriptos á sus familias; hubo quien se atrevió á proponer la tolerancia de cultos y la amnistia en favor de los vendeanos; se levanto la proscripcion de ciudades enteras, como Lyon y Marsella; quedó abolido el tribunal revolucionario, quitando este adjetivo á las instituciones; eligiése la guardia nacional entre las clases acomodadas; restituyéronse los templos á los católicos, vendiéndose á precios mínimos los bienes nacionales, y finalmente, se modificó la constitucion de 1793. Sin embargo, quedaban todavía leyes atroces, y solo con el rigor podian llevarse á cabo las relativas á la hacienda. Tan caro estaba todo en París, que se pesaba el pan como en un asedio, y se pagaban hasta veintidos francos por una libra; el frio era muy rígido y no habia medios de calentarse; necesitábase emitir ochocientos millones de asignados al mes, pero ésto los desacreditaba de manera, que un luis en efectivo, valia doscientos francos en asignados.

Por esto se rebeló el pueblo, gritando: *¡Vivan los jacobinos! ¡Pan y la constitucion de 1793!* Pero la multitud, careciendo de jefes,

fué dispersada, y como toda reaccion trae siempre venganzas, se cerró la sala de los jacobinos, palestra de jóvenes republicanos, y se sujetó á muchos á juicio; los antiguos montañeses, Barrere, Collot d'Herbois y Billaud Varennes, fueron deportados, y algunos individuos del tribunal revolucionario perecieron en el cadalso, y otros fueron asesinados por los particulares. En fin, una feroz carnicería vengó á las ciudades que mas habian padecido, y hubo necesidad de publicar la ley marcial con nuevos rigores para reprimir la reaccion. Así, ahogado en torrentes de sangre el partido de la Montaña, el miedo de recaer en el terror produjo el terror, enseñoreándose la anarquía del país y no teniendo el gobierno fuerza bastante para reprimirla.

Entretanto la Francia daba ensanche á sus conquistas con aquella mezcla de entusiasmo, de generosidad, de codicia, de terror dentro y fuera del país, que fué el carácter de aquella revolucion. Pero el abuso de tantos principios le habia originado la enemistad de muchos que de otro modo se hubiera mostrado favorables; y los monarcas, sus enemigos declarados, habian aprovechado estas circunstancias para remachar las cadenas de sus súbditos y consumir graves delitos políticos.

En la desmembrada Polonia, Estanislao II, sin olvidar que debia el trono á Catalina, recordaba tambien que era polaco. En la tranquilidad momentánea que disfrutó; organizó el ejército y puso orden en la hacienda; pero no basta el talento para gobernar, sino que se necesita tambien y mas principalmente el carácter. La nobleza, en cuyos pechos hervia la indignacion, esperaba tiempo y ocasion para volver á probar fortuna; el sucesor de Federico II, que parecia resuelto á devolver á Polonia su independendencia, halagó las esperanzas del cuerpo diplomático, por lo que los polacos aumentaron su ejército, y á pesar de todas las reclamaciones de Rusia, se ocuparon en formar una nueva constitucion, segun las ideas francesas, en cuanto podian ser aplicables á un país que no tenia tercer estado y donde el plebeyo era siervo.

Semejante constitucion era obra de personas juiciosas que no obraban con precipitacion, ni querian derrocar lo pasado, ni imponer á un pueblo instituciones antes de darle ó conocer su oportunidad. El principal obstáculo se derivaba de la faccion rusa, gente práctica en las dietas y en las arterias, á propósito para prolongar las deliberaciones que discutia muchos sobre cosas fútiles, introduciendo cuestiones accesorias, sugiriendo variaciones, y cuando no podia impedir una deliberacion induciendo á adoptar estremos en que mas de relieve apareciesen todos sus conflictos y dificultades. Mientras tanto, gastábanse las fuerzas y el tiempo; las potencias inmediatas pretendian mezclarse otra vez en los negocios interiores, y ya se decia abiertamente que querian indemnizar-